

fondos

Fernando Chueca Goitia

| PEDRO NAVASCUÉS PALACIO

En el número 10 de la plaza de las Salesas de Madrid, en un recogido ático reformado en 1956 al que se subía por un minúsculo ascensor, se encontraba el estudio del arquitecto don Fernando Chueca Goitia (1911-2004), singular figura del panorama cultural español que alcanzó a ver con plenitud de facultades los primeros años de nuestro siglo. En aquel estudio compuesto por un recibidor que servía al tiempo de secretaría con su teléfono y fax (todavía no había internet); una sala de visitas que era también de trabajo con amplio mesetón; una sala de dibujo con cuatro tableros donde el delineante Óscar daba vida continua a aquel espacio, y un despacho verdaderamente reducido en el que don Fernando se encerraba para escribir, componían aquel estudio en el que libros, dibujos y planos ocupaban gavetas, estantes, altillos y un menudo cuarto interior. Por las paredes proyectos como el de la terminación de la Almudena, que fue Premio Nacional de Arquitectura en 1944 en colaboración con Carlos Sidro de la Puerta; las perspectivas del santuario de Aránzazu que presentó al concurso de 1950 y mereció el tercer premio, de las que la Escuela tiene ahora una importante serie de dibujos preparatorios; el plano de Madrid de Ibáñez Ibero propio de un conocedor y Cronista Oficial de la Villa de Madrid como él era; capiteles y molduras sobre la repisa de una chimenea condenada, y un sinfín de pequeños objetos con historia propia, todo ello en un ambiente de contenida sobriedad, luz y silencio.

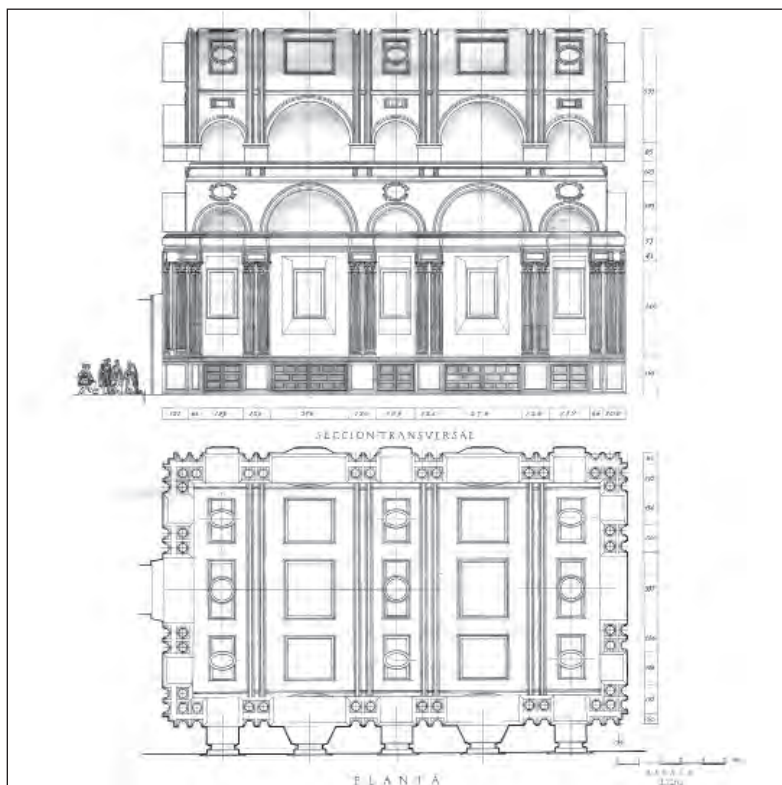
Pero no eran estas expresivas paredes de proyectos cambiantes, ni las mesas de trabajo, ni los libros, ni los cientos de rollos de planos que asomaban por todas partes los que daban un peculiar carácter al estudio de don Fernando, sino las personas que en él trabajaron y las que por allí pasaron, olvidando ahora intencionadamente las que de todo aquello se aprovecharon. En otras ocasiones he recordado cómo el prologuista de una de las primeras ediciones completas de *Notre-Dame de París* que conoció y trató de cerca a Víctor Hugo, decía que la gente pensaba que al visitar al gran novelista le hallaría trabajando sobre su mesa, cuando en realidad "le encontraréis conversando con un extraño que le acaba de exponer el estado de ruina de algún monumento histórico, y de recomendarlo a su protección". Algo así



Catedrales inglesas

ocurría con don Fernando Chueca, a quien casi nunca se le veía trabajar pues siempre estaba atendiendo a las gentes que le visitaban a la vez que recibía cartas de todos los rincones de España, poniendo en evidencia la situación precaria de esta casa madrileña o de aquel palacio andaluz, el peligro de un claustro aragonés o de aquel semirruinoso castillo de Castilla, tal y como Luis García Berlanga, gran amigo suyo, llegó a ironizar en una de sus películas. Pero esta era sólo una faceta de aquellas visitas pues, preocupado por todo cuanto sucedía a su alrededor, atendía y ayudaba a todo el mundo con una largueza sin límites. Arquitectos, profesores, alumnos, académicos, cronistas, políticos, editores, clérigos, y extraños desconocidos encontraban siempre un hueco generoso en su tiempo que luego debía compensar con talento para encontrar el necesario para dibujar, proyectar, pensar, escribir y preparar sus clases y conferencias, además de toda una actividad profesional, social y política que habla de la inquietud de este que fue ante todo un gran maestro. Por allí pasaron arquitectos tan diferentes como Rafael Manzano, su alumno predilecto y singular conocedor de la arquitectura española, o Tokuthosi Torii, el gran estudioso de Gaudí y traductor al japonés en 1991 de *Los invariantes castizos de la arquitectura española*, cuando ya había pasado prácticamente medio siglo desde que se publicó por vez primera en 1947. Este libro, uno de las más lúcidos de don Fernando Chueca, ya había sido objeto de un seminario que Juan de la Encina (Ricardo Gutiérrez Abascal) organizó en la Universidad Autónoma de Méjico en 1960, dando a conocer su obra teórica en aquellas tierras por las que tanto viajó y enseñó, y que luego quiso resumir en el ensayo “Invariantes de la arquitectura hispanoamericana” publicados por *La Revista de Occidente* (1966). En un momento determinado Juan de la Encina se preguntaba: “¿Habría intentado Chueca Goitia llevar la historia de la arquitectura hispana por los derroteros históricos que echaba de menos Ortega y Gasset?”. Tal era el alcance del pensamiento crítico y sagaz de Fernando Chueca sobre la arquitectura, fuere cual fuere y del tiempo al que perteneciere, cuya señas más íntimas las buscó siempre en sus raíces más profundas, auscultando a la vez los ecos más lejanos. En esa misma línea siguió trabajando siempre como lo evidencia su ensayo sobre los *Protótipos na Arquitectura greco-romana e a sua influênciã no mundo occidental*, editado en Lisboa (1996), poco o nada conocido y leído entre nosotros.

Pero volviendo a aquel estudio, donde tuve la fortuna impagable de completar mi formación, diremos que de allí salió la colección de dibujos y proyectos que componen hoy el *Legado Fernando Chueca* en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, con más de medio millar de



Sacristía de la Catedral de Jaén

proyectos. Además de estos, otros como los de la Almudena se quedaron en parte en la propia catedral y en parte en su poder, custodiados ahora por su hijo Fernando Chueca Aguinaga junto con dibujos y proyectos de distintos edificios, además de la estimable colección de dibujos de su mano que sustrajeron personas que abusaron de su confianza y que no es el caso detallar aquí.

Fueron necesarios varios viajes en una pequeña furgoneta con el auxilio de Alfredo -eficaz institución en la ETSAM- para el traslado de centenares de rollos y carpetas, traslado que se hizo con cierta celeridad y una vez en la Escuela, que por entonces andaba en obras y obligó a cambiar los dibujos de ubicación, se hizo un primer inventario por una despejada alumna mía de Historia del Arte, Laila Arias Hoffmann, para quien se había conseguido una beca del Rectorado, pues por entonces yo era el catedrático responsable de la Biblioteca por encargo de la Escuela. Todavía seguimos utilizando dicho inventario para navegar por aquel mar de papel.

En esta relación se dan cita todo tipo de proyectos, siendo los más tempranos los de Fernando Chueca estudiante en la vieja Escuela Superior de Arquitectura de la madrileña calle de los Estudios, con proyectos como el de la *Estación de autobuses en Hellín* (1934). Los más recientes son aquellos que sin terminar o ejecutar hizo en los años 90, en vísperas del cierre del estudio, como el de la *Reforma urbana de la plaza de la Villa de París* (1993), en Madrid. Durante el largo periodo intermedio de sesenta años Fernando Chueca trabajó mucho si bien los años de la posguerra no fueron fáciles para nadie y menos para quienes la Ley de Responsabilidades Políticas (1939) acusaba y la orden de 1942 mencionaba personalmente, estableciendo las sanciones aplicables a determinados arquitectos por su comportamiento durante la Guerra Civil. Así las cosas Fernando Chueca y García Mercadal fueron inhabilitados “para el desempeño de cargos directivos y de confianza y contribución de cuarto grado en el desempeño privado de la profesión”. En un ameno libro de memorias nos dejó don Fernando una personal visión sin acidez de aquella guerra que él vivió, *Recuerdos de la guerra* (1996), donde entre otras cosas comenta su comprometida defensa y salvaguardia del patrimonio artístico en el Madrid sitiado, colaborando como auxiliar técnico de la Junta de Incautación y Protección del Tesoro Artístico Nacional. Este era el delito y aquella la pena.

Fernando Chueca había terminado la carrera en el edificio de la nueva Escuela



Concurso de ideas para la ampliación del Museo del Prado · 1972

en la Ciudad Universitaria, inaugurado para los exámenes de junio de 1936, y en los años 40, con las limitaciones mencionadas y el número de colegiado 666, lo más notable fue el referido proyecto de la Almudena (1944), muy diferente del que luego se ejecutaría pero destacando este sobre los treinta y tantos proyectos de esta década con obras de nueva planta, reformas y ampliaciones, mayoritariamente en Madrid pero también en Zaragoza, Vizcaya, Lugo, Almería y Ceuta.

En el legado hay algo más de ochenta proyectos de los años 50 y 60, pudiéndose señalar el grupo de las restauraciones de monumentos que hizo, especialmente desde 1953, como arquitecto de la zona 3ª, dentro de la organización del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, primero como Arquitecto Auxiliar y luego como Arquitecto Jefe, llegando a ser luego, entre 1974 y 1978, Arquitecto Jefe del Servicio de Monumentos y Conjuntos de la Comisaría Nacional del Patrimonio Artístico. De los proyectos conservados en la Escuela podemos citar, entre otros, los proyectos de los monasterios de San Juan de la Peña, San Caprasio en Santa Cruz de la Serós y Sigena (Huesca); la iglesia de Torralba de Ribota, el monasterio de Veruela y la catedral de Tarazona (Zaragoza); el castillo, Santa María la Mayor, el Ayuntamiento y la Lonja de Alcañiz (Teruel); el monasterio de Santa María la Real de Nájera y la iglesia de Nuestra Señora de los Reyes en La Guardia (La Rioja); así como la parroquial de Samaniego (Álava) y las iglesias guipuzcoanas de Deva, Guetaria y Zumaya. Por otra parte, restauraba en Madrid la Casa de las Siete Chimeneas y el palacio del Museo Lázaro Galdiano; en Toledo los Palacios de Galiana en la Huerta del Rey y un largo etcétera que cabe rastrear por el legado que aquí comentamos. El gran conocimiento que poseía de la arquitectura española como historiador y restaurador subyace en el proyecto y realización del Pueblo Español de Mallorca, cuya guía se editó en 1967, cuatro años después de su inicio y que anuncia el final este periodo fundamentalmente "restaurador".

Mas no piense el lector que aquella dedicación fue exclusivamente "monumental" en esta etapa pues cabe encontrar entre los proyectos de estos años tipologías tan diferentes como las residencias privadas para García Berlanga, en Somosaguas (Madrid), para Díez del Corral en el cigarral "El Bosque", de Toledo, y la casa para Luis Miguel Dominguín en la finca La Companza, de Quismondo (Toledo); la fábrica de la Compañía Babcock & Wilcox, en Bilbao; el Motocine de Barajas (Madrid), que fue el segundo de Europa pero mejorando su único antecedente en Roma; el Hostal del Cardenal,

en Toledo; la estación de servicio de la Sociedad Petrolífera Española, en el muelle del Cañonero Dato en Ceuta; la residencia y viviendas para la Compañía de Ferrocarriles de Medina del Campo a Zamora y de Orense a Vigo, en el embalse del Porma o de Juan Benet, por ser este el ingeniero que lo proyectó, en la provincia de León; la Gran Vía de San Francisco en Madrid o el Zoco de Verduras de Alcazarquivir, en Marruecos.

En el periodo de los años 70 y 80, en los que hizo muchos encargos particulares, sobresalen proyectos como el de la unión y acondicionamiento del palacio del marqués de Molins a la Real Academia de la Historia (1973-1983), de la que don Fernando era miembro numerario desde 1965 sucediendo en el sillón a don Modesto López Otero, y el de total renovación (1973-1985) del antiguo palacio de Goyeneche, sede de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de la que igualmente fue académico de número desde 1973. Pero el proyecto de mayor alcance de estos años fue, sin duda, el de ampliación y acondicionamiento del Museo del Prado que hizo en colaboración estrecha con Rafael Manzano Martos, uniendo el viejo edificio neoclásico de Juan de Villanueva con el claustro de la iglesia de los Jerónimos, si bien no se llevó a cabo. Huelga decir aquí que Fernando Chueca ha sido, historiográficamente hablando, el mejor conocedor e intérprete de Juan de Villanueva, y a la vez autor junto a Lorente Junquera de la ampliación más respetuosa del Museo del Prado, llevada a cabo entre 1952 y 1954.

La relación entre arquitectura e historia llevó a don Fernando a proyectar en la historia de la arquitectura y así, entre los proyectos del legado se encuentran testimonios de su intervención en la inacabada catedral de Valladolid (1978) que se relacionan con el Concurso Nacional de Arquitectura de 1942, con las obras realizadas por él en los años 60, pero sobre todo con lo escrito y analizado en su magistral monografía sobre esta obra vallisoletana de Juan de Herrera, editada en 1947 por el CSIC y reeditada en 1998 por la ETSAM, con una introducción del autor de estas líneas en la que se recoge lo fundamental de su obra escrita. Detallamos estos aspectos porque de esta incursión histórico-arquitectónica quedó una extraordinaria maqueta interpretando la idea inicial de Herrera sobre la catedral de Valladolid que, inicialmente destinada al Museo Nacional de Arquitectura, forma hoy parte de la Colección de Modelos de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid. Algo análogo sucede con los estudios e intervenciones en la obra de Vandelvira de la que no sólo quedan unos precisos levantamientos sino que sirvieron de base para modelos como el de la sacristía de la catedral de

Jaén, entre otros, custodiados igualmente en nuestra Escuela. Vinculados a ésta se encuentran también en el legado una serie de dibujos rápidos a mano alzada que ilustraron, entre otros, los pequeños manuales de su *Historia de la Arquitectura Occidental* que resumen las clases impartidas durante tantos años por quien fue catedrático de Historia del Arte, primero, y después de Historia de la Arquitectura, y que todavía siguen siendo útiles a los estudiantes.

En resumen, la serie de dibujos y proyectos que componen este generoso legado, permiten recorrer la apasionante biografía profesional del arquitecto Fernando Chueca Goitia, cuya sorprendente capacidad de trabajo le hizo desempeñar tareas muy diversas. A modo de recordatorio podemos añadir que como docente dictó cursos en distintas universidades americanas y europeas y, una vez jubilado, participó en los cursos del Colegio Libre de Eméritos y dirigió los Cursos de Arquitectura Española en Ávila. Fue distinguido por varias Academias españolas y extranjeras, entre estas últimas por las Academias Nacionales de Venezuela, Argentina y Uruguay, Academia de Bellas Artes de Lisboa, por la Academia delle Arti del Disegno di Firenze, miembro de la Society of Architectural Historians, de los Estados Unidos, etcétera. Fue Director del Museo de Arte Contemporáneo, Consejero de Bellas Artes de Patrimonio Nacional (Real Casa), Senador, Presidente del Ateneo de Madrid, Presidente del Instituto de España, alcanzando premios y distinciones entre las que cabe destacar el citado Premio Nacional de Arquitectura (1944) y la Medalla de Oro de la Arquitectura (1988). Fue distinguido con la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio (2001) y alcanzó el Premio Nacional de Historia (2002). Este último año y superando los noventa años de edad, coincidió con el final de su mandato como Decano del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid.